

CAPÍTULO V

De Khujirtu-gol a Shande-miao

EL VERDADERO COMIENZO

POR fin, el 29 de julio, Larson pudo partir con el grueso de la caravana (150 camellos). El día 3, los demás abandonamos el campamento IX para seguir la ruta de la caravana hacia el oeste*.

El cielo tenía un aspecto muy amenazador. Entre las jorobas de mi camello llevaba el mismo mobiliario que en el viaje desde Pao-t'ou. Cama, pieles, cojines y mantas estaban enrollados alrededor de mis dos pequeñas y duras maletas, formando sendas mochilas a cada lado del camello. Entre éstas y las jorobas se metían gruesas mantas, una estera y el abrigo de piel de oveja con la lana hacia fuera. Mi tienda enrollada estaba sujeta por encima de la joroba trasera. En el hueco resultante yo mismo estaba sentado con las piernas cruzadas. El animal era conducido por el mongol Mentu, de modo que yo no tenía que sujetar las riendas, sino que podía dedicarme por entero al trabajo de trazar la ruta de marcha.

Las pruebas de paso habían demostrado que mi camello daba zancadas de aproximadamente un metro. En el curso de la marcha de este día, cubrió cerca de cinco kilómetros por hora, de modo que la distancia total ascendió a 24,6 kilómetros.

El terreno al oeste del Khujirtu-gol era extremadamente llano. No obstante, la llanura estaba surcada por amplias zanjas que daban lugar a la formación de largas ondas. En los surcos crecía hierba fresca, por lo demás el suelo estaba escasamente cubierto de una artemisia baja de olor dulce.

* Como se vería después, estábamos recorriendo el mismo camino que el señor Owen Lattimore había tomado el año anterior, y que tan brillantemente describe en el libro *The Desert Road to Turkestan* (Londres, 1928). Íbamos a seguir exactamente la misma ruta que él hasta Boro-tsonch, justo al este del Edsen-gol.

A las nueve cayeron las primeras gotas de lluvia. Fue aumentando hasta que una lluvia constante borró de la vista las interminables llanuras.

Al cabo de una hora, todos los caminos brillaban como una serpenteante franja plateada, y los arroyos y charcas resplandecían aquí y allá. Las patas de los camellos resbalaban y chapoteaban, y donde el suelo era de fina arcilla amarilla, un terreno cenagoso y traicionero hacía peligroso el avance. Los camellos tropezaban y perdían el equilibrio, y uno debía aferrarse con fuerza para no precipitarse al suelo en cualquier momento.

El agua entraba en mi nido en forma de cuenco desde todas direcciones. Empecé a sentir que no estaba en el más seco de los asientos, pero no fue hasta que el agua empezó a gorgotear y a salpicar en mi «cuenco», que me di cuenta de que estaba sentado en una bañera casi media llena de agua.

A mitad del día empezó a llover a cántaros. Como a través de paredes de cristal, vi el Bagha-nor (pequeño lago) al suroeste y el pequeño monasterio Dagain-sume al noroeste.

El camello de Mentu esquivaba a todos los esqueletos de camello de la ruta, que no eran pocos.

A la derecha de la carretera se veían varias yurtas y rebaños mongoles. A menudo veíamos bandadas de patos salvajes.

Estábamos atravesando un aguacero incesante. Yo no podía mojar-me más de lo que ya estaba, pero me preocupaba sobre todo mi cuaderno de notas. Después resultó muy difícil separar las páginas, y algunas de las anotaciones y líneas solo podían distinguirse gracias a las huellas del bolígrafo en el reverso del papel, donde se habían formado pequeñas crestas.

Por fin divisamos el campamento número x en Chendamen (Qiandamen), con las tiendas de Larson, Mühlenweg y Lieberenz. El alto jefe de la caravana se acercó sonriente, vestido con su larga túnica azul claro, y me preguntó inocentemente si me había mojado. «Oh no, nada de qué preocuparse, pero ten cuidado cuando el camello se arroddille», espeté. Entonces levanté las piernas y una cascada de agua cayó de la bañera en que se había convertido mi asiento sobre el cuello del camello.

EL PLACER DEL AISLAMIENTO

Hay un cierto placer en saber que uno no puede ser alcanzado por cartas, periódicos y telegramas, y entonces ser completamente inmune contra entrevistadores y teléfonos. Es un verdadero descanso ir a lugares a los que no llegan las noticias. Lo único que nos interesaba era el estado de la caravana, el progreso del trabajo, la topografía y el paisaje general a ambos lados de la ruta del día y el aspecto de los nómadas con los que nos cruzábamos. Sólo un pequeño hilo nos conectaba con el mundo exterior: las señales horarias de Nauen. Era encantador descansar de la civilización europea y vivir en un entorno completamente distinto. El gran Oriente nos había atrapado y nos había apartado del mundo a su manera suave, serena y sin ostentación.

TUMBAS ANTIGUAS

Tuvimos que dedicar el 31 de julio a secar nuestros efectos. Era domingo, lucía el sol y soplaban vientos cálidos. Después de las recientes lluvias, los pastos eran excelentes. Los mongoles del distrito vinieron a visitarnos y les compramos ovejas por 3,50 dólares.

Larson nos informó de que había algunas tumbas antiguas al pie de la montaña más cercana. Huang y el profesor Siu se interesaron tanto que partieron, acompañados por algunos de los miembros europeos, para ver el lugar por sí mismos. Huang empezó a excavar en el lugar, pero los mongoles de la zona se quejaron de que los chinos estaban excavando en su suelo y molestando a los espíritus de la tierra.

Las tumbas consistían en cuadrados de piedras, dentro de los cuales se habían colocado piedras más pequeñas. Había una docena de ellas. La mayor medía ocho por cinco metros, y otra seis por cuatro metros. En la primera se veía que el borde exterior de piedras, algunas de hasta un metro de sección, estaban colocadas verticalmente en forma de banderas que formaban una especie de valla alrededor del interior de la tumba, donde había otras piedras esparcidas toscamente. En un lugar había una hilera de banderas de piedra colocadas verticalmente, veintidós en número y con intervalos de varios metros entre las piedras.

El 1 de agosto retrasamos los relojes una hora.



JOVEN MONGOL



LAMA MONGOL

Seguimos la gran ruta de las caravanas y pronto nos adentramos entre pequeñas colinas. A las ocho de la mañana ya hacía tanto calor que tuve que quitarme el grueso chaleco de cuero. A las ocho y media nos acercábamos a la última fila de la caravana de Larson. Cuando apenas nos separaban cien metros, oímos gritos salvajes y vimos que la fila se separaba y se dispersaba, y que los camellos corrían a derecha e izquierda. Las cargas fueron arrojadas estrepitosamente al suelo. Pero los fugitivos no tardaron en ser capturados por un par de jinetes.

Cruzamos una elevación en un terreno bastante accidentado. A la derecha, hacia el norte, se divisaba una escarpada cresta rocosa de color negro. El suelo era rico en artemisia baja, de la que asomaban algunas briznas de hierba.

Enseguida nos encontramos con dos pobres campesinos chinos que conducían un camello que transportaba sus bultos. Una vez más atravesamos terreno elevado. La panorámica se ensanchaba hacia el oeste y el suroeste. Las colinas bajas caían a ambos lados. Muy cerca de la carretera, a la derecha, había un lecho de erosión que había cortado la ladera de una colina. «Allí habrá agua», dijo Mentu. Un poco más adelante cruzamos un canal seco, llamado Chaghan-khada. Tenía un par de metros de profundidad y unos diez de ancho. El crecimiento de la hierba en este lugar era exuberante.

Veinte minutos después atravesamos un cauce en el que el agua fluía hacia el sur, hacia el río Huang-ho (Huang He) o río Amarillo (conocido por los mongoles como Khatun-gol). Este pequeño curso de agua se llama Khonin-chaghan-cölo-gol (el «río de piedra blanca de las ovejas»). En la orilla izquierda se veían algunos muros de ladrillos de adobe, un par de chozas del mismo material y una yurta. Justo encima de estas viviendas había acampado Larson.

ESTACIÓN FISCAL Y GRANJAS CHINAS

Aquí, en la frontera entre Mu-mingghan (o Mingghan-jasak) y el *hoshio* de Jun-gung, se hallaba una estación fiscal.

Se cobraba un impuesto a cada camello que pasaba, ya fuera por el este o por el oeste. Entre sus habitantes había cinco chinos, todos agentes del tesoro chino. En los alrededores vivían algunos nómadas mongoles.

Desde aquí no había una ruta especial que bajase hasta el río Amarillo, uno podía proceder como quisiera.

Además, nevaba muy poco en invierno, aunque ese año había nevado más de lo habitual. Se consideraba que ya había pasado el peor periodo de calor. La mayoría de las caravanas viajaban en invierno. Más al oeste se habían visto algunas bandas de ladrones, pero ahora el campo volvía a estar tranquilo. Los lobos eran poco comunes en esta parte del país, pero se encontraban más al norte. Había algunos antílopes, pero ninguna oveja argalí ni asno salvaje.

Según Siu, los granjeros chinos que llegaron a este distrito tenían que pagar cerca de veinte dólares por *ching** al *tu-t'ung* de Sui-yüan y un dólar al jefe del distrito mongol. Pero el riego aquí era deficiente. Todo estaba tan seco ese año que casi hubo un estado de hambruna. En el río Amarillo, entre Pao-t'ou y Wu-yüan, las cosas eran diferentes, pues allí los campos estaban bien regados. La hierba allí es tan exuberante que los caballos y el ganado de pastoreo están fuera de la vista. Mingghan-jasak se extiende hacia el sur hasta Wu-yüan. En esta zona, los cereales costaban el doble que dos meses antes.

* 1 *ching* = 6 hectáreas o 14,8 acres.

Al sureste había varios colonos chinos, que cultivaban centeno, trigo, guisantes, etcétera. Los colonos dejan a sus familias en China y permanecen en estos lugares durante un tiempo, después del cual regresan a casa con pieles, lana y productos similares. Su agricultura depende totalmente de la lluvia, ya que el riego es imposible porque los cursos de agua son demasiado pequeños.

En este lugar contratamos a dos *coolies* más.

Dos de nuestros camellos se escaparon. Filmamos a un mongol que adivinaba el futuro con la paletilla de una oveja. Puso la paletilla sobre las brasas ardientes de un brasero mongol y, al cabo de un rato, la sacó para examinar las grietas que se habían producido. Larson le preguntó si nuestros dos camellos fugitivos regresarían ese día. El tipo no sólo aseguró que sí, que volverían, también indicó, señalando al cielo, la hora de su regreso.

Los camellos estaban inquietos el 3 de agosto. Mentu y yo no habíamos ido muy lejos cuando vimos que una parte de la caravana, un poco más adelante, había tirado sus cargas. Pero los alborotadores fueron capturados y ya habían sido cargados de nuevo cuando pasamos.

A TRAVÉS DE LIU-TAO-KU

Media hora más tarde llegamos a la pequeña aldea china de Hötel-khuduk (el «pozo del paso de montaña»). Aquí Larson se había detenido con todas sus secciones, excepto la primera. Una de las filas había vuelto a tirar sus cargas, que seguían esparcidas por el suelo. Larson hizo que sus mongoles descargaran todos los camellos, para evitar mayores problemas. Las bestias más salvajes, que habían sido cargadas con 250 kilos de arroz o harina en lugar de los 180 habituales, se habían liberado de sus cargas por sí solas. Tres camellos escaparon y fueron perseguidos por jinetes, que lograron alcanzarlos y capturarlos tras dos horas de cacería.

Yo seguí adelante, sin embargo, y al cabo de un rato cabalgábamos por una loma baja con un obo grande y otro pequeño. Desde la cima de esta colina se tenía una vista casi ilimitada hacia el oeste y el suroeste. Nuestras cabezas se marearon ante la visión de esta vasta extensión de territorio, que se extendía hasta el horizonte en la dirección de nuestra

ruta, y que aún teníamos que atravesar. Aquí había espacio y de sobra; hasta donde alcanzaba la vista no se extendían más que bajas colinas.

La ruta de las caravanas en aquellos parajes estaba tan muerta y desolada que un encuentro con un mongol a lomos de un camello o con un par de soldados chinos armados a caballo era todo un acontecimiento. Se intercambiaban saludos y se hacían las preguntas habituales: «¿De dónde venís?», «¿adónde vais?», y si habían tenido buen viaje.

Enseguida atravesamos un lecho de erosión de cuatro metros de profundidad con charcos abiertos en un recodo. En la orilla opuesta estaba el pequeño asentamiento chino de Ta-shih-t'ou (Dashitou), o como lo llamaban los mongoles Budung-chölo (ambos nombres significan «gran piedra»). Un par de chinos estaban construyendo una casa de adobe.

Liu-tao-ku (seis valles) es el nombre colectivo de toda esta zona. El terreno está surcado por innumerables barrancos en forma de cañón, de sólo un par de metros de profundidad, pero con paredes verticales por todas partes. Se combinaban para formar un lecho principal al norte de nuestra ruta, y este lecho principal tenía su salida al oeste o suroeste. Cerca de uno de estos cortados naturales, dos chinos estaban arando la tierra virgen con bueyes.

YANG-CHANG-TZE-KU

La ruta seguía la orilla del lecho principal, que tenía hierba en su fondo y estaba delimitada al norte por colinas llamativamente esculpidas. Continuaba bajo el nombre de Yang-chang-tze-ku (valle de la tripa de oveja). Aquí, en el valle, se había detenido a descansar una pequeña caravana de mercaderes chinos. Alrededor de la tienda había hileras de fardos con lana de camello, esteras de paja y cuerda. En el valle corría un riachuelo. La hierba de las orillas era espesa. Seguimos el curso del valle, cruzando y volviendo a cruzar el riachuelo a medida que avanzamos. En ocasiones se reducía a un poco de agua estancada; en otras, se encontraba por completo seco. El valle se perfilaba con mayor nitidez entre las colinas que lo flanqueaban, que en algunos lugares estaban cortadas verticalmente.

A la una y media pasamos junto a un minúsculo asentamiento chino, una granja solitaria rodeada por un muro de barro. Durante otra

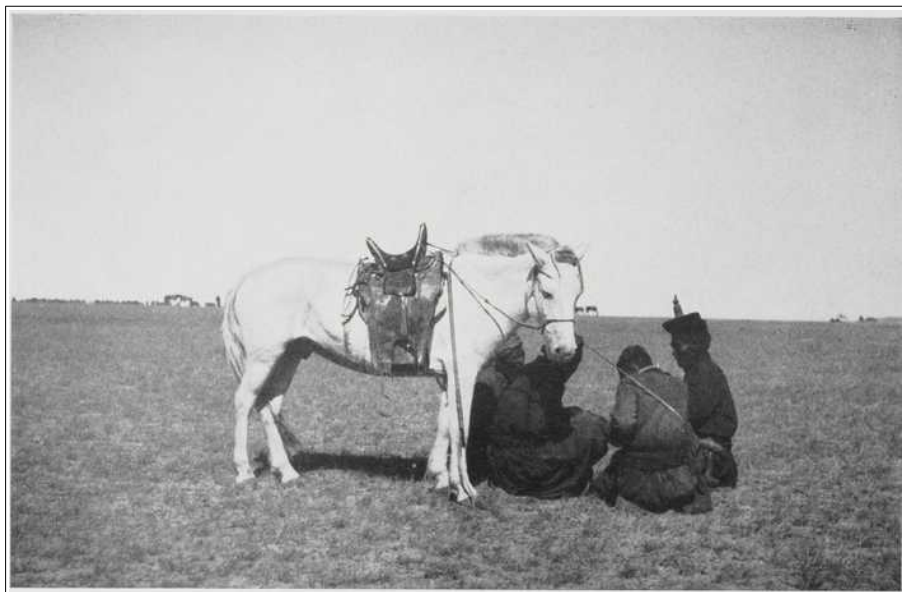
hora seguimos el sinuoso cauce del Yang-chang-tze-ku hacia el oeste, entre sus oscuras laderas rocosas, ásperas y desprovistas de vegetación. Finalmente, llegamos a un recodo y subimos a las colinas de la orilla derecha.

Mentu me preguntó si íbamos a pasar la noche allí, pero cuando me enteré de que sólo faltaban treinta *li* (dieciséis kilómetros) para llegar hasta el siguiente pozo, decidí continuar. Como no tenía a nadie delante, decidí acampar yo mismo. Generalmente, Larson iba delante y era él quien decidía dónde pasar la noche. Siempre tenía en cuenta factores como los pastos, el agua, el combustible y el estado general de los camellos a la hora de elegir el lugar. Para mí, en cambio, la duración de la jornada era indiferente. Si era corta, teníamos más tiempo para trabajar en el campamento. Si era larga, habíamos avanzado mucho más en nuestro camino hacia el Edsen-gol.

El aire era suave y dulce, y resultaba una delicia cabalgar con la brisa del oeste que empezaba a aumentar en fuerza. En el noroeste, un amenazador centro tormentoso, gris plomizo y pesado, empezaba a cernirse sobre las colinas. Quizá pudiéramos llegar al agua prometida antes de que se desatara la tempestad. A las tres y media cruzamos por el norte un cauce de veinticinco metros de ancho; estaba seco. Al oeste del cauce, el territorio se abría mostrando vastas llanuras. Estábamos a punto de dejar atrás las pequeñas colinas entre las que habíamos estado viajando desde que dejamos el campamento x en Chendamén. El Langshan, al sur, casi desaparecía en la distancia.

A TRAVÉS DE AMPLIAS LLANURAS

A las cinco menos cuarto empezó a llover y se desató una violenta tormenta proveniente del noroeste. Nos detuvimos y esperamos. Al cabo de un rato regresó el lama mongol Mate, que se había adelantado para hacer un reconocimiento. Había hablado con un pastor y comprobado que estábamos cerca de un manantial. Avanzamos otra hora hacia el oeste y el suroeste, y Mate nos mostró el abrevadero. Él y Mentu armaron mi tienda bajo una lluvia torrencial, con truenos y relámpagos. Teníamos 40,6 kilómetros a nuestras espaldas.



UN BELLO CABALLO MONGOL SOBRE LA ESTEPA



CABALLOS MONGOLES CON SU PELAJE DESGREÑADO DE INVIERNO



CAMPAMENTO XII EN EL HAILUTAIN-GOL

Nuestro campamento estaba situado cerca del río Abdarantei-gol, en una amplia llanura con colinas negras de lava. Habíamos dejado atrás los últimos asentamientos chinos. Se veían pocas yurtas mongo-las, pues siempre se las encuentra un poco alejadas de los caminos principales.

Larson, con el grueso de los camellos salvajes y las provisiones, había pasado la noche treinta li al este.

Desde nuestro campamento, mirando hacia el nordeste, se veía el pequeño monasterio de Burkhantei-sume (Burihantumiao) al pie de una colina cónica a tres o cuatro kilómetros de distancia. Este monasterio estaba desocupado.

A las diez en punto del 4 de agosto nos pusimos en marcha. Hummel bajaba de su camello por cada flor que veía para añadirla a su herbario. La estepa estaba cubierta de matorrales bastante espesos de la dura y alta hierba *tsaghan-deresun*.

Aquí y allá se veían ortigas. Nuestro médico botánico descubrió además que predominaban la artemisia, el aster, la campanilla (*Convolvulus*), el iris, el cebollino y distintas variedades de hierba.

Atravesamos el lecho seco de un arroyo que venía de las montañas del norte. Tenía treinta metros de ancho y era muy poco profundo. Cuarenta y siete vacas y dos caballos ramoneaban por la orilla. Un poco más allá, una gran caballada pastoreaba. El pastor, vestido con sombrero de paja y a caballo, se acercó para intercambiar saludos. Nos dijo que la zona se llamaba Khadain-ger. Las montañas del norte se llamaban Khadain-ul (que significa simplemente «montañas rocosas»).

La ruta estaba formada por diecisiete senderos paralelos con franjas verdes de poca altura entre ellos. Durante todo el día estuvo mucho mejor de lo que había estado el día anterior, y se podría haber transitado fácilmente en automóvil.

El resplandor del sol estaba filtrado por ligeras nubes; no había viento. Cabalgué con nada más que una camisa, lo más ligeramente vestido posible.

Mirando hacia delante, al noroeste, el ojo seguía la llanura ondulante hasta el horizonte. Parecía no tener fin, era como estar en el mar. Sólo al suroeste se veían montañas en la distancia azul. A pesar de la monotonía, no me cansaba de este paisaje, siempre me resultaba her-

moso. Los ojos sentían un curioso placer al devorar estas vastas distancias desde el alto mirador a lomos del camello.

A la una y media cruzamos el lecho de un río de doscientos ochenta metros de ancho. Contenía varias manchas húmedas tras la lluvia del día anterior. En la estepa de la derecha había varios caballos pastando, y al pie de la colina cercana vimos tres yurtas.

Un rebaño de ovejas nos indicó que estábamos en la tierra de los nómadas. Un lecho de quince metros de ancho, que el día anterior había estado lleno de agua de lluvia, volvía a estar vacío. Sólo el barro arcilloso de la jornada previa seguía brillando por la humedad. La pared de erosión más alta de este lecho tenía cuatro metros de altura. Toda la campiña, que caía gradualmente desde el pie de las montañas del norte, había sido bañada por el agua de lluvia el día anterior. Ahora se veían innumerables deltas con lagunas por todas partes. Las formaciones cónicas de los deltas eran casi imperceptiblemente planas. En el suelo apenas quedaba una mancha seca. El día anterior había llovido muchísimo.

ENCUENTRO CON EL GRUPO DE NORIN

Al pie de la colina vimos dos yurtas más, y poco antes de las tres, al norte de la ruta, divisamos el campamento de Norin con sus cuatro tiendas. Subimos y nos recibió Söderbom. Allí también estaban Heyder, Massenbach y Bergman. Norin estaba entre las colinas con su mesa de topógrafo. Intercambiamos notas sobre nuestro trabajo. Preguntaron por la gran catástrofe de los camellos, y lo contamos por episodios. Nosotros, por nuestra parte, preguntamos por la tormenta del día anterior. Había sido terrible, dijeron, especialmente entre las cinco y las seis de la tarde, cuando había relampagueado y tronado cinco veces por segundo. Nunca habían vivido nada igual. Una sucesión interminable de truenos y relámpagos. Y la lluvia había caído a cántaros. No habían podido cavar una zanja alrededor de las tiendas, porque el suelo estaba anegado de agua. El pozo cercano se había llenado de arena y grava. Y para colmo, la lluvia había sido sucedida por granizos tan grandes como nueces, y tan pesados que era un peligro estar fuera. Rompieron el hule y formaron terraplenes de medio metro de altura alrededor de las tiendas. Todo el mundo se quedó en las tiendas y se

escondió bajo lonas o fieltros. Se empapó todo, incluidas las camas, que reposaban directamente sobre el suelo, y por la noche fue como dormir en paños calientes. Afortunadamente, el nuevo día trajo un tiempo agradable y seco.

Mentu y yo dejamos el campamento de Norin al pie de las colinas de lava de formas fantásticas y colores chillones. A la derecha, en la boca de un valle, aparecían los relucientes edificios blancos del pequeño templo Shiretein-ganjur-sume, también llamado Shire-sume. Las colinas de la derecha continuaban en la distancia, mientras que las grandes llanuras se extendían a la izquierda. Hacia el oeste y el sur se veían los lejanos picos del Lang-shan. A la derecha había tres yurtas al pie de la colina, y en la llanura de la izquierda dos en un lugar y cuatro más en otro, mientras que a una distancia de unos diez kilómetros se veía el pequeño templo Hailutain-sume.

Empezaba a anochecer. Un camellero chino nos alcanzó y nos entregó un papelito que llevaba escrito: «Desgraciadamente nueva catástrofe. Los setenta y cinco camellos de Haslund se han escapado, también las bolsas de dinero. A unas diez millas al este del campamento de Norin. Todos hemos salido a tratar de reunirlos, pero se necesita más ayuda — Hummel». Afortunadamente, había una posdata escrita por Haslund: «Cofres de dinero a salvo».

Llegamos a una depresión muy amplia llena de arbustos bastante altos y arenosos. El camino serpenteaba como una calle de arena. Esta depresión se extendía hasta el Hailutain-gol (río Haliut), un cauce ancho y poco profundo que parecía venir de lejos y que contenía un par de arroyos serpenteantes. Llegamos a las siete y media. Nuestros irreflexivos camelleros estaban haciendo arrodillar a sus bestias para descargarlas. Les gritamos que subieran a la otra orilla, que se elevaba de seis a ocho metros sobre el lecho, pues no queríamos ser arrastrados por la corriente en caso de que se desatara una nueva tormenta. En la otra orilla había dos yurtas y una tienda de un comerciante chino.

Lo curioso del comienzo de nuestro largo viaje a Urumchi fue que no fuimos ni Larson ni yo quienes marcamos el paso. Este pequeño asunto lo gestionaban, y de forma muy superior, los camellos. Si querían un día de descanso, simplemente tiraban sus cargas y salían corriendo. Sabían que al día siguiente tendrían vacaciones.

El campamento XIII era un punto importante en nuestra marcha hacia el Edsen-gol. Aquí, por última vez en mucho tiempo, se reunirían todas las diferentes columnas de la gran caravana. Además, debíamos trazar un nuevo plan de campaña basándonos en la experiencia adquirida hasta entonces. Era el 5 de agosto y teníamos una visión clara de toda la situación.

El día era cálido. Después de la temperatura mínima de 18 °C durante la noche, hacía 33 °C a la sombra. El globo sonda de la mañana había subido a 13.000 metros, con una deriva ascendente de 160 metros.

Envié un mongol a Norin, con órdenes de trasladar su campamento y toda su columna hacia nosotros.

CONFERENCIAS EN EL CAMPAMENTO XIII

Se dedicó un día completo a importantes conferencias. La primera duró varias horas y tuvo lugar en la gran tienda blanca de Söderbom, donde él, Norin y Bergman durmieron juntos. Para un viejo cartógrafo como yo, fue un puro placer contemplar las tres enormes cartas de Heyder con su complicado sistema de triángulos de todas las formas y tamaños. Como puntos fijos, Heyder había utilizado todos los *obos* que se encontraban en los alrededores. Estos *obos* formaban un punto en las cimas de las colinas y alturas dominantes que siempre podían verse claramente con el teodolito. Donde no había *obo*, se había construido un mojón de piedra, a menudo de hasta dos metros de altura. Entonces se medían y comprobaban los ángulos entre estos puntos. El conjunto se convertía en una red permanente de triángulos, que sólo necesitaba un par de puntos determinados astronómicamente para poder insertarse en su lugar correcto en la red geodésica.

La triangulación, sin embargo, es un asunto largo, y calculamos que el trabajo de topografía que se había llevado a cabo desde julio nos llevaría, si continuábamos hasta Ghashun-nor, demasiado tiempo. Yo calculaba seis semanas de marcha para la caravana principal hasta este lago, y ahora ponía a disposición de nuestros topógrafos un periodo de nueve semanas. Heyder necesitaba un mes y medio para llevar la triangulación hasta el monasterio de Bayan-shandai-sume, y, después de una minuciosa discusión sobre asunto, se decidió que su trabajo se detuviera por el momento en ese monasterio.

Estuvimos sentados durante horas en la magnífica tienda de los tres suecos, revisando hoja tras hoja de mapas. Discutimos, debatimos, comparamos notas y medimos con brújulas. Yo mostré mis mapas de la ruta a este campamento, y Haude y Dettmann explicaron los puntos determinados astronómicamente. Los mapas de Norin eran obras maestras de precisión, con sus contornos hipsométricos y la geología en color.

Así pues, el trabajo topográfico debía proseguir de forma más sencilla a partir de Bayan-shandai-sume, y Norin y su columna dispondrían de tres semanas para terminar la ruta entre el monasterio y el lago. En caso de que fuera necesario, podía prolongar el plazo. En cualquier caso, yo debía esperar su llegada al Edsen-gol, donde teníamos más que suficiente para un periodo indefinido.

Por la tarde tuve una reunión con Haude, Dettmann, Hempel, Norin y Larson sobre el tema de la distribución del personal en las estaciones, especialmente en Edsen-gol, adonde llegaríamos muy pronto. Norin declaró que no podía prescindir de la espléndida ayuda que le habían prestado Heyder y Massenbach para confeccionar los mapas, tan detallados como exhaustivos, y rogó que se le permitiera retenerlos el mayor tiempo posible. La idea original había sido poner a Heyder al mando de la estación de Edsen-gol. Ahora, sin embargo, había que buscar otras personas aptas para este puesto, y nuestra elección recayó en Zimmermann y Marschall Von Bieberstein.

Se decidió además que el profesor Siu escribiera a Yuan, que no estaba muy lejos, y le pidiera que viniera a nuestro campamento para discutir su trabajo en el camino a Ghashun-nor y la asignación del trabajo en este lago.

Bergman, que había descubierto varios yacimientos prehistóricos por el camino, descubrió entonces ricos hallazgos de pequeños y elegantes objetos de sílex: puntas de flecha, cuchillos, rascadores, taladros, lascas y núcleos, que trajo para mostrarme.

El emplazamiento de nuestro campamento actual había sido evidentemente un pequeño asentamiento, tal vez un fuerte o una estación intermedia en una carretera. Había innumerables tiestos y ladrillos, y toda una pequeña plataforma de ladrillos que fue excavada por Huang y Chuang.

Estaba rodeada por un centenar de ladrillos doblados en ángulo. También se encontraron monedas de la época de la dinastía Han. Los chinos se interesaron mucho por estos hallazgos y realizaron excavaciones simultáneas en varios lugares.

Finalmente, di instrucciones a Larson para que partiera a la mañana siguiente con su caravana habitual y los camellos salvajes. Me levanté a tiempo y presencié su partida. Su personal incluía a Walz, Lieberenz y Mühlenweg.

Norin, Heyder, Bergman, Massenbach y Hempel midieron una nueva línea de base para comprobar la triangulación. Con ayuda de los triángulos llegaron a la cifra de 2.504 metros y para la misma línea con una cinta métrica a 2.491 metros, mostrando así una diferencia de sólo trece metros, resultado que causó la satisfacción general. Se había producido la mayor excitación por este resultado, pero nuestros topógrafos mantuvieron la calma.

A las dos en punto del 8 de agosto llegaron Zimmermann y Marshall con su caravana de doce camellos. Tanto ellos como el estudiante Liu gozaban de espléndida salud. El pequeño antílope había viajado en un carromato en forma de caja vacía y acolchado con una estera. También él se hallaba en perfecto estado, y no había sufrido lo más mínimo el largo viaje desde el campamento VIII.

Una hora más tarde, Yuan llegó solo a lomos de un camello, y junto con él y Siu Ping-ch'ang mantuve una larga conversación. Estaba muy satisfecho de sus resultados, y mostró sus mapas, bien dibujados y de buen gusto, que ahora estaban tan avanzados que podían conectarse con los de Norin y Heyder.

LA EXPEDICIÓN SE SEPARA DE NUEVO

En el campamento XIII nuestros caminos se separaron de nuevo por algún tiempo. Norin, Heyder, Bergman, Massenbach y Ting iban a continuar con su trabajo, para regresar después a un ritmo más lento que nosotros. Yuan debía apresurarse en su trabajo y llegar al Edsen-gol en un plazo de siete, o a lo sumo nueve, semanas. Huang y el excavador Chuang, a petición propia, debían quedarse tres o cuatro días más para continuar sus excavaciones en el campamento XIII. El resto del personal debía seguirme en el viaje hacia el oeste.

No fue hasta las ocho del 9 de agosto cuando partimos del campamento XIII, donde dejamos atrás a los grupos de Norin, Yuan y Huang. Una vez en marcha, cabalgamos rápidamente por una larga pendiente entre dos crestas bajas. A ambos lados de nosotros había lechos de erosión, que comenzaban justo en medio de la estepa y con paredes verticales en forma de cañón desde el principio. En el norte dejábamos atrás el pequeño monasterio de Engger-sume y un par de yurtas. Aquí y allá pastaban rebaños de ganado. A lo lejos, hacia el oeste, se veían montañas azules. Junto al camino, un anciano estaba sentado solo, dando vueltas a su huso. A nuestra izquierda se alzaba una montaña solitaria y llamativa con forma de sarcófago, cuya cima plana estaba coronada por un gran obo; se trataba de Khongkhor-obo.

En nuestro último campamento crecían cebollas silvestres en profusión, y todo el campo emitía su peculiar olor, especialmente después de la última lluvia. Los camellos adoraban esta planta, y su aliento, nunca fragante, era peor de lo habitual después de una generosa comida de cebollas silvestres.

En la orilla del arroyo Khongkhorin-gol, en el que corría agua, hicimos un alto tras una corta marcha.

El día 10 por la mañana nos despertamos con el ruido de la lluvia. El paisaje adquirió aquí otro carácter. La estepa estaba cubierta por todas partes de innumerables matas semiesféricas de vegetación de medio metro de diámetro. Son las raíces de estos pequeños arbustos espinosos las que unen la tierra y la arena, y dan lugar a esta curiosa forma nudosa del paisaje.

Una y otra vez pasamos junto a cráneos y esqueletos de camellos caídos, hitos que marcan el camino de las caravanas y de la vida y la muerte a través de Asia.

Un poco al lado de la ruta apareció un obo, y cerca de él una yurta y una tienda. Al suroeste, el pequeño monasterio blanco de Ded-shilin-sume brillaba en la llanura. Detrás de él se alzaban audaces formaciones montañosas, las más llamativas que habíamos visto hasta entonces.

Enseguida pasamos junto a dos tiendas chinas y un fabricante de cuerdas, en plena faena. Nos detuvimos un momento y nos informaron de que se trataba de una caravana de mercaderes que había salido de Hsi-ning (Xining) hacía tres meses con lana de oveja tibetana, camino

de Pao-t'ou. Desde aquel lugar había una ruta directa a Pao-t'ou, pasando al sur de Khongkhor-obo. A la derecha se extendía la interminable estepa, sin montañas que obstruyeran la vista. En una pequeña colina, un grupo de caballos paseaba perezosamente. Sabían por experiencia que no les atormentarían las moscas en las cimas de las colinas expuestas al viento.

Acampamos junto al pozo de Khashiatu o, como lo llaman los chinos, Hashatu.

En el aire tranquilo del atardecer flotaba el sonido de las campanas de las caravanas. El tintineo melodioso y solemne se acercaba, con un encanto sugestivo y seductor que nos atraía hacia el camino como por arte de magia. Se vislumbraron los primeros camellos, guiados a pie por su conductor. Aparecieron nuevas formas, ora iluminadas por la luna, a medida que se acercaban, ora como siluetas negras, cuando uno las veía contra la luna. Eran dos caravanas que viajaban en compañía. La primera procedía de Lama-gegen, un nuevo y creciente epicentro comercial de Mongolia Exterior, situado más o menos tan lejos de Urga como de Uliasutai. Llevaban ya veintiséis días de camino, y el líder se quejaba de que habían tenido que pagar mil dólares en concepto de impuestos por sus mercancías (lana y pieles de oveja y cabra). La Mongolia Exterior sufría entonces la peste del ganado y la sequía, consecuencia natural del hecho de que el *gegen* Kutuktu (Bogd Khan), la encarnación en Urga que había muerto dos años antes, aún no tenía sucesor. Ahora se dirigían a Beli-miao, donde iban a preguntar si se podía continuar hasta Kuei-hua sin riesgo de ser atacados por ladrones.

La otra caravana venía de Ku-ch'eng-tze (Guchen). El propietario viajaba con la compañía. Iba en un carro cubierto tirado por un camello. A la pálida luz del día, el carruaje tenía un aspecto bastante curioso, y el carro avanzaba chirriando entre los silenciosos pasos de los camellos.

Al día siguiente descubrimos que las caravanas de la noche anterior habían acampado un poco más abajo, en el valle. El anciano de la carreta se había enterado de que llevábamos un médico y, al amanecer, cuatro hombres lo transportaron hasta nuestro campamento en un improvisado féretro. Tenía las rodillas hinchadas y las encías escorbúticas.

Fue debidamente atendido y llevado de vuelta a su campamento para continuar en su carro hasta Kuei-hua.

A las ocho ya hacía calor y el cielo estaba despejado. Una brisa agradable contrarrestaba el sol abrasador en nuestras espaldas. Cruzamos un cinturón de colinas bajas y crestas, la más alta de ellas provista de un obo. Aunque éste era uno de los puntos más altos en nuestro camino desde el Khujirtu-gol al Edsen-gol, apenas se notaba, ya que la subida a ambos lados de este paso llano era muy gradual.

COMIENZO DE LA CARRETERA SINUOSA

Al pie de la pendiente, el camino se dividía en dos. El de la derecha, que era una antigua ruta de caravanas llamada la «carretera pequeña», subía hacia Mongolia Exterior hasta Uliasutai; el camino de la izquierda, que nosotros seguimos, viraba un poco hacia el sur y se llamaba la «carretera sinuosa».

Recorriendo una llanura bordeada de colinas, llegamos al desfiladero de Murguchik (Moruogeqin). Aquí se reunían todos los cauces fluviales de la campiña y, en el estrecho pero corto valle, la hierba crecía exuberante en las orillas de un pequeño arroyo que estaba a punto de secarse. Las colinas descendían con bastante pendiente hacia el lecho del valle.

Instalamos nuestras tiendas en la hierba. Los camellos parecían realmente imponentes mientras deambulaban por la hierba frondosa con las oscuras paredes del valle como telón de fondo. Mientras almorzábamos, pasó una caravana de mercaderes que se dirigía a Liang-chow (Liangzhou).

En Murguchik nos encontramos bastante cerca del lugar donde el Dunda Gung (el «duque del centro») había instalado sus yurtas. La única cortesía que le mostramos fue que Siu y yo le enviamos nuestras tarjetas de visita. Este gobernante no es precisamente famoso por su hospitalidad con los extranjeros, al menos no el que gobernaba aquí en 1900. Fue en su distrito donde fueron asesinados Sjöberg (Seeberg, sueco-americano), las hermanas Hilda y Clara Andersson y la señorita Lund, misioneras de la Misión Sueca Mongola. El hecho, sin embargo, se llevó a cabo probablemente por orden de los líderes bóxers. El año an-

terior a nuestra llegada, el Dunda Gung había confiscado cuatro camiones rusos cargados de municiones. Feng Yü-hsiang, que en aquella época estaba librando una guerra en las zonas situadas al sur de este lugar, envió un destacamento de doscientos hombres para recuperar los automóviles, pero se dice que estos soldados corrieron una triste suerte.

Dejando atrás el corto valle, salimos una vez más a terreno abierto, sobre el cual dirigimos ahora nuestro rumbo hacia el sudoeste. Al noroeste, a una distancia considerable, se veía el templo de Bombin-sume (Bombotei-sume). Antiguamente contaba con novecientos lamas, que poseían varios miles de camellos. Ahora lo habitaban apenas veinte monjes, desesperadamente pobres y que se quejaban de los malos tiempos y de la pertinaz sequía. Sin embargo, no notamos mucho de esta última, pues había llovido el día anterior.

EL VALLE DEL TIGRE

Poco después llegamos a las colinas, donde la ruta ascendía por un valle fluvial llamado Laohu-ku (valle del tigre). Era estéril y desolado, lleno de rocas de todos los tamaños, pero pintoresco por su soledad desértica y su naturaleza salvaje. El valle conducía a espacios libres y abiertos en la montaña del Tigre, donde diez antílopes saltaron sorprendidos, como un resorte, al acercarnos. Cruzamos una cresta de granito y nos detuvimos un momento en la cima, asombrados por otro de esos panoramas interminables que se extienden ante uno de vez en cuando. A lo lejos, en el oeste, la tierra y el cielo parecían fundirse en una bruma que se derretía.

Elegante y ágil, Haslund pasaba a toda velocidad montado en su esbelto camello. Nuestro amigo danés aparecía por todas partes. Mientras Larson lideraba la gran columna de provisiones, Haslund dirigía mi sección. Los mongoles lo apreciaban mucho, ya que había vivido entre ellos unos cuatro años y conocía sus hábitos y costumbres.

Habiendo descubierto la posición del pozo Durbeljin (Duerboleji), volvió cabalgando a la caravana, y acampamos en este «pozo cuadrado».

ENCUENTRO DE CARAVANAS

El 13 de agosto soplaba viento del este. Era de la misma dirección de donde venía la lluvia, desde mar. Las cadenas de montañas al sur se llamaban Kharanarin-ula en el mapa, el nombre chino es Lang-shan. Esta cadena se hallaba inmediatamente al norte del gran recodo del Huang-ho.

En Dal-ulan había un pozo para los sedientos y un enorme obo de piedra para los espíritus, sobre una colina plana. El obo tal vez se erigió como protección del pozo y para mantener su suministro constante de agua fresca.

Un joven mongol vestido con una túnica azul se acercó montado en un camello blanco como la nieve. Ambos eran ágiles y esbeltos, y el muchacho se sentaba entre las jorobas como si hubiera crecido allí, siguiendo todos los movimientos del camello con una facilidad natural. Era un hermoso espectáculo en la estepa desnuda y gris, y su forma de hablar y sus modales eran educados y amistosos. Me habría gustado ponerlo a mi servicio, pero no hubiera funcionado: era orgulloso y parecía el hijo de un príncipe. Desapareció tan rápidamente como había aparecido, y su camello pareció volar sobre la estepa.

Una caravana que se acercaba se hizo visible en la distancia. Cinco chinos conducían diez camellos, sin duda cargados de opio. Al pasar, cada uno escrutó al otro con curiosidad; tales encuentros son siempre una novedad. Se intercambiaron los saludos habituales. «¿Todo bien? — ¿De dónde venís? — De Kansu. — ¿Adónde os dirigís? — A Kuei-hua». No hubo tiempo para más preguntas, pues pasaron de largo tan pronto como llegaron. Estos encuentros en el desierto recuerdan a los barcos que se encuentran en alta mar y se saludan sobre las olas.

Los esqueletos de camellos fallecidos eran tan comunes que uno dejaba de pensar en ellos. En dos horas conté hasta diez. Casi todos eran del invierno y la primavera pasados. No pueden resistir mucho tiempo el efecto desintegrador de la atmósfera, el frío, el calor, la lluvia y el viento. Poco a poco se desintegran y desaparecen. Si permanecieran durante décadas, la ruta estaría literalmente pavimentada con huesos y cráneos. Los esqueletos son los restos de los barcos del desierto. Se los traga el interminable mar del páramo. Así ha sido durante miles de

años: el desierto sigue siendo el mismo, pero los barcos vivos se renuevan generación tras generación. Cuando han cumplido su turno, naufragan y mueren en el camino donde otros verán sus huesos blanquear al sol.

En ese momento pasamos por delante de un *mai-mai* (como se llamaban los puestos comerciales de los mercaderes chinos). Bajo las esteras de paja, fuera de las tiendas, se acumulaban montones de grano. Aquí paran a descansar las caravanas de opio procedentes de Ning-hsia y Wang-yeh-fu (Bayanhot o Dingyuanying). Recorrían cien *li* al día, cada jornada dividida en dos etapas, mañana y tarde. Para poder realizar marchas tan largas, debían cuidar bien de sus camellos y alimentarlos. Los miembros de la caravana poseían fusiles y pistolas Mauser para poder defenderse de los ladrones.

En Deresun-khuduk (pozo de hierba) dos chinos daban de beber a unos setenta camellos en un abrevadero de piedra que llenaban con un cubo de lona.

Continuando nuestro camino, pronto llegamos a una aldea formada por siete yurtas, y un poco más allá pudimos ver la tienda de Larson. El nombre del lugar era Khara-tologoi (montañas negras), o, estrictamente hablando, para distinguirlo de otras innumerables localidades del mismo nombre, Chendamen-khara-tologoi (Qindamenharitaolegai). Alegre y genial como siempre, mi espléndido jefe de caravana vino a recibirme, y en poco tiempo se sirvió el té de la tarde.

En mitad de la noche me despertaron tres disparos de revólver y un chillido espantoso entre los camellos atados. «¡Ajá, un ataque de ladrones!», fue lo primero que pensé, pero como no ocurrió nada más me volví a dormir. Por la mañana me dijeron que un perro de la aldea se había deslizado hasta la tienda de Marschall y había bebido del cuenco de leche del antílope Dicky. Dicky había huido, perseguido por los siete perros de la aldea, perseguidos a su vez por Hami y Yoldash. Marschall también había salido corriendo para salvar a Dicky, su mascota favorita. El antílope se precipitó entre los camellos, que se asustaron. El propio Marschall dijo que, de acuerdo con el reglamento, había gritado «*Wer da?*» tres veces antes de disparar contra la multitud de perros. Sin embargo, nadie resultó herido y todo quedó en calma después de los disparos.

En la mañana del 14, el globo sonda número cien fue lanzado a la atmósfera, aunque no marcó la ocasión de establecer ningún récord de altitud.

La ruta discurrió entre colinas irregulares y sobre espacios abiertos hasta que llegamos a un valle sinuoso entre paredes montañosas escarpadas o verticales. Aquí ronroneaba un pequeño arroyo llamado Tsaghan-gol. Pasamos junto a una tumba en una de sus orillas. Cruzamos una y otra vez el lecho del arroyo, antes de abandonarlo para tomar un valle afluente que nos condujo de nuevo a terreno abierto. Seis horas más tarde llegamos a nuestro campamento.

Cenamos sobre esterillas de lana cerca de la cocina. Justo cuando nos habíamos acomodado con las piernas cruzadas para empezar a comer, Dicky entró saltando entre platos y fuentes, y acabó con las patas dentro de las judías. No pude evitar suspirar de alivio al ver que los camellos no se tomaban las mismas confianzas.

No concebía nada más espléndido que alzar mi espaciosa morada en un paraje distinto cada día y estudiar la faz de la tierra no en las páginas impresas, sino sobre el terreno mismo. Y luego, por agotadora que hubiese sido la jornada, la tarde arribaba siempre como un bálsamo reconfortante.

Reanudamos nuestro viaje hacia el oeste por la estepa yerma, atravesada por barrancos secos y bordeada por colinas desoladas. En la cresta montañosa a la derecha de la ruta había una brecha, un paso, que ofrecía una amplia vista hacia el norte. Me recordó involuntariamente al Golden Gate, a través del cual se contemplan las interminables aguas del Pacífico. Aquí se trataba de Sha-mo, el mar de Arena, Gobi, el gran desierto, cuyos vastos y desolados espacios en el norte se desvanecían en el infinito azul como un mar.

LLEGADA A SHANDE-MIAO

A gran distancia, al suroeste, se vio, el 16 de agosto, un gigantesco *suburga* blanco, o estupa, en el famoso monasterio lamaísta de Shandemiao, o Bayan-shandai-sume como es conocido por los mongoles, que se considera estar a medio camino entre Kuei-hua y Ghashun-nor.

Algunos mercaderes vivían solos en nueve yurtas junto al lecho seco de un río, al este del monasterio. Pasamos por delante de este *mai-mai*, y

continuamos hasta llegar a una meseta baja donde había acampado Larson, y aquí la nueva comunidad de tiendas creció gradualmente.

Poco después de las tres, el viento aumentó hasta convertirse en un vendaval considerable. El fino polvo se colaba a través de la lona de las tiendas. Dentro, todo estaba cubierto de arena fina. La cama, la estera, los cofres y las cajas, todo estaba cubierto de una capa amarilla, y el agua de lavar pronto tomó el color de sopa de guisantes. No se podía distinguir ni un solo rasgo del entorno; no se veía más que polvo amarillo arremolinado, que ocultaba incluso las tiendas más cercanas. El viento ya tenía una velocidad de veinticuatro metros por segundo. La temperatura apenas subió hasta los 23 °C. Según Haude, la tormenta se extendía hasta quinientos metros sobre la superficie de la tierra.

Desde Pao-t'ou habíamos recorrido 474 kilómetros, y todavía faltaban 420 hasta Edsen-gol. Nos habían dicho que en Shande-miao había una estación de impuestos donde había que pagar cinco dólares por cada cofre. Sin embargo, no se mencionó ni una palabra sobre impuestos, y no pagamos ni un céntimo. Nos aconsejaron que no nos mantuviéramos demasiado al norte en nuestra marcha hacia el oeste, pues de lo contrario podríamos caer en las garras de los recaudadores de impuestos de la República Mongola. La estación fiscal republicana más cercana estaba situada a sólo 120 *li* al norte de nuestro campamento actual.

Nos vimos obligados a quedarnos un par de días en Shande-miao para descansar y apacentar los camellos; también tuvimos que volver a empaquetar y seleccionar los cofres que dejaríamos atrás para las columnas de Norin y Yuan. Este lugar no estaba tan mal. A los comerciantes chinos se les podía comprar velas, cerillas y otras baratijas por el estilo. Estábamos a una altitud de algo más de 1.700 metros sobre el nivel del mar, y por la noche la temperatura descendía a unos 6 °C, por lo que el clima era bueno. El primer día se dedicó en gran parte a limpiar después de la tormenta de polvo. Había que sacudir y airear todo. Larson, Marschall y Haslund se ocuparon de las provisiones. Cuatro de los *coolies* chinos que habían sido contratados en el campamento IX fueron dados de baja, y otros dos fueron alistados.

El 20 de agosto nos alcanzó la pequeña caravana de Huang. Se había quedado cuatro días en el campamento XIII, en el Hailutain-gol, y había desenterrado setenta objetos de bronce, la mayoría puntas de flecha,

ciento setenta objetos de hierro y veinte de hueso, así como monedas Han. También nos dijo que Bergman había descubierto algunas viviendas de la Edad de Piedra desde que abandonamos el campamento, con un rico inventario de herramientas de sílex.

Los mercaderes de Shande-miao nos habían dicho que se podía bajar hasta el meandro del río Amarillo en dos días. Hice algunos cálculos y llegué a la conclusión de que sería útil para nuestro trabajo cartográfico conectar con el gran recodo del río. El 21 por la mañana ordené a Larson que reuniera una pequeña y ligera caravana, al tiempo que daba a Hempel y Zimmermann un programa para llevar a cabo y una serie de encargos. Junto con los estudiantes Liu y Ma como intérpretes, debían dirigirse a la estación misionera belga más cercana para hacer ciertas averiguaciones. También debían hacer un mapa de su ruta. Este pequeño grupo partió el 21 de agosto por la tarde.

Al igual que yo, Haude deseaba que la estación meteorológica de Ghashun-nor estuviera lista lo antes posible, y pidió que se le permitiera salir con su pequeño equipo y sus instrumentos junto con Larson, que debía partir el día 22. Así pues, nuestras filas se redujeron aún más por la ausencia de Haude, Dettmann, Kaull y Li. Huang también había pedido permiso para ir con Larson.

ENFERMEDAD EN SHANDE-MIAO

En Shande-miao estuve unos días en la lista de enfermos. Me había dado una recaída de mis viejos cálculos biliares, y tuve que someterme a un tratamiento regular por el doctor Hummel que me administró morfina y otras drogas formidables. También me recetó pasar unos días en una cama bien hecha, con sábanas, un lujo que no había disfrutado desde que salimos de Pao-t'ou.

En la colchoneta de mi tienda yacía mi perro Hami, que había sido mordido en una pata en una pelea con los perros del monasterio. Por lo tanto, también era uno de los pacientes de Hummel. Le habían vendado la pata, para su gran disgusto. Hami y yo éramos como un par de perros viejos y enfermos.

Un alto lama del monasterio vino a expresar su simpatía, y otro, que estaba investido con la dignidad de juez, también fue agasajado en mi tienda. El profesor Siu, muy amable, venía a visitarme tres veces al día,

y a veces se quedaba una o dos horas. Cuando estaba solo, me tumbaba y leía, entre otras cosas, un excelente ensayo de Paul Pelliot en el diario *T'oung Pao*. Éste también me había enviado, desde Pekín, el libro *Voyage des MM Gabet et Huc à Lhasa*. También leí cosas más ligeras, como *Skibet gaar videre* de Nordahl Grieg. Este joven y simpático noruego me había visitado en Pekín a principios de primavera. Fue en este libro donde encontré estas palabras de oro: «Y sabes que hay algo mil veces más grande que ser meramente un varón, y eso es precisamente lo que un simple varón nunca llega a ser: un hombre. Una voluntad intrépida y abierta que no añade al mundo más inmundicia de la que ya encierra».

Habíamos tomado a un joven lama a nuestro servicio. Trabajaba bien y era voluntarioso, tenía un aspecto despierto y agradable y, algo que es tan raro entre los mongoles como entre los seres humanos en general, tenía un porte sumamente grácil.

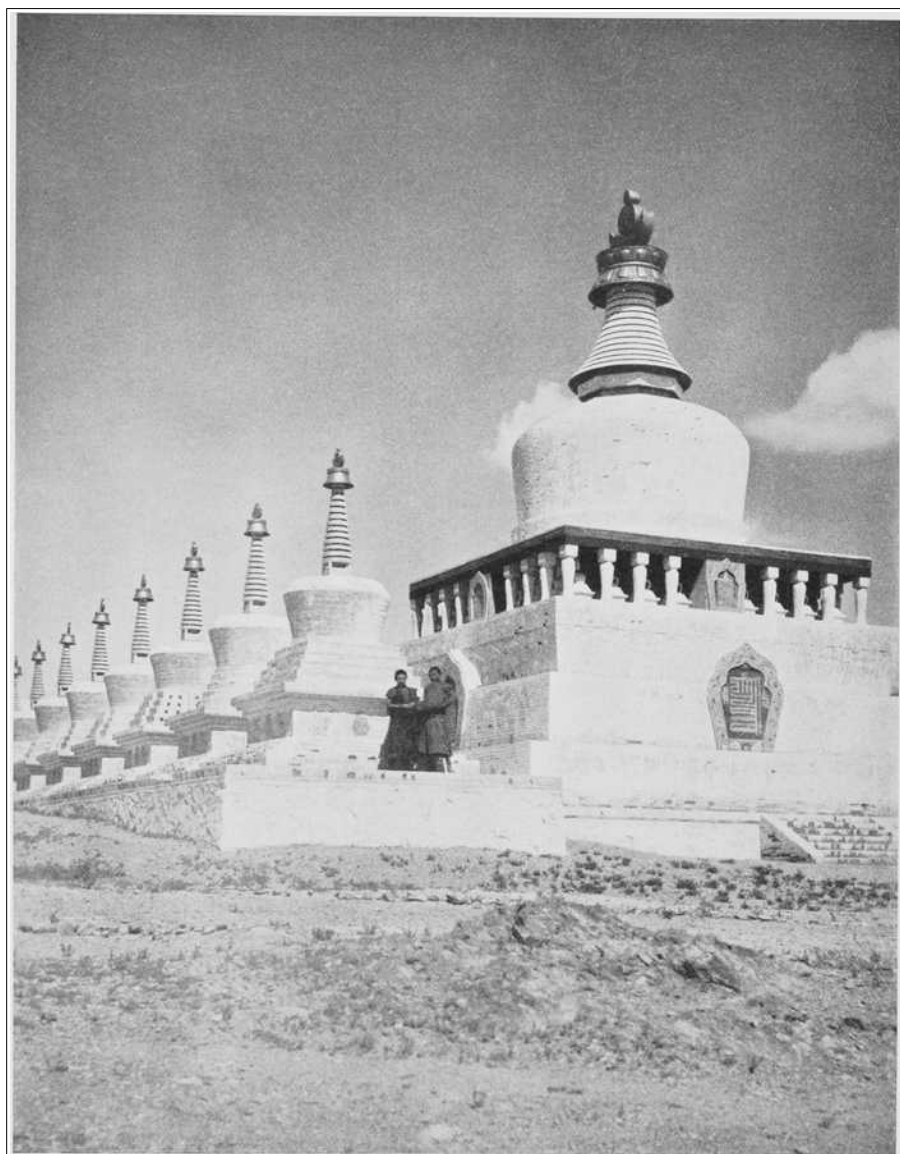
EL MONASTERIO

El 26 de agosto decidimos trasladar el campamento al propio monasterio. Los monjes nos rogaron que no instalásemos nuestras tiendas en la cima de la colina, encima del edificio sagrado, sino en el valle cubierto de arena que había debajo.

La vista de la ciudad del monasterio en el norte era gloriosa. Los cincuenta edificios del templo y los dormitorios se erigían en forma de anfiteatro en la ladera.

El profesor Siu, Haslund y yo, junto con los mongoles Tserat y Mentu, fuimos al monasterio para devolver la visita al lama que me había venido a ver. Se encontraba en una misión sacerdotal entre los nómadas de los alrededores. Nos condujeron hasta el abad. Era un anciano de cabeza redonda y rasgos arrugados, sentado con las piernas cruzadas en su pequeña habitación bien amueblada, rodeado de todo un ejército de imágenes divinas doradas o pintadas. No nos devolvió el saludo. Sólo parecía sorprendido y desconcertado, y parecía querer deshacerse de nosotros. Después de contemplar un rato al ancianito, nos retiramos.

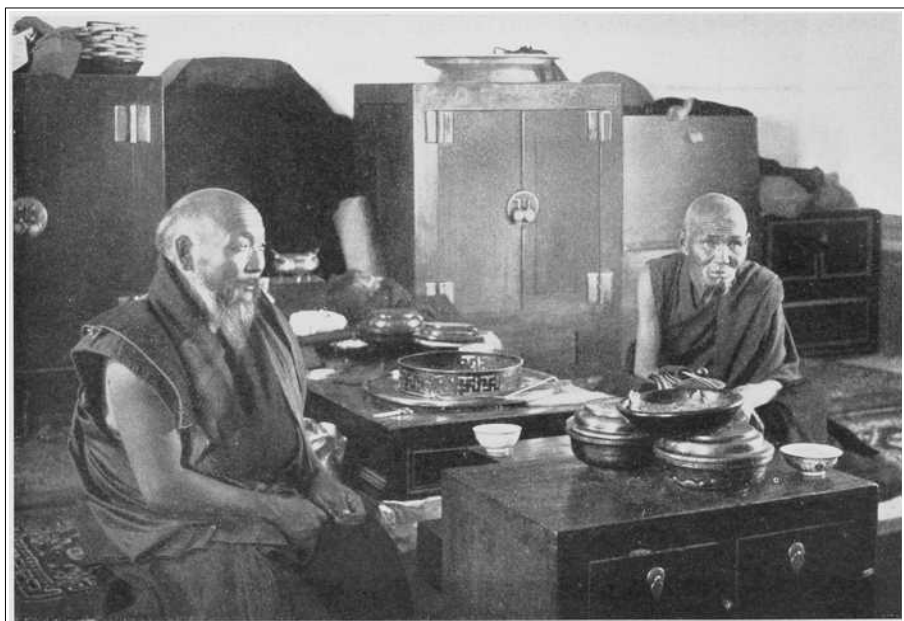
En su lugar, nos dirigimos al magnífico templo situado en la cima de la colina, donde se alzaba una hermosa hilera de pequeños *suburgas* o *chorten*, con un gigantesco *suburga* blanco inmediatamente detrás. Un



LOS SUBURGA DE BAYAN-SHANDAI-SUME (SHANDE-MIAO)



NUESTRO CAMPAMENTO EN LAS AFUERAS DEL TEMPLO DE SHANDE-MIAO



DOS LAMAS DE ALTO RANGO EN SUS APOSENTOS, SHANDE-MIAO

lama se dirigió a la entrada del templo, encendió incienso en un recipiente metálico ante la puerta y se sentó en un cojín en el lado derecho de la sala. Delante de él, sobre una mesa lacada en rojo, tenía páginas sagradas, que leía en voz alta con ritmo cantarín, acompañándose con los platillos que llevaba en el regazo y golpeando un tambor colgante con una baqueta vertical en forma de cuello de cisne con una bola en el extremo. De vez en cuando hacía sonar una campanilla que estaba sobre la mesa, en la que, por otra parte, también había un *dorje* y otros objetos rituales. Es posible que estas ceremonias tuvieran por objeto aplacar la ira de los dioses ante nuestra inoportuna visita.

El techo de la sala rectangular del templo estaba sostenido por cuatro columnas lacadas en rojo, entre las que colgaban cuatro *tankas* o pinturas religiosas de una belleza poco común. Las paredes laterales estaban decoradas con pinturas en marcos rojos, mientras que la pared del fondo estaba ocupada por estanterías para volúmenes sagrados y algunas imágenes decorativas de Buda en santuarios en miniatura con ventanas de cristal. En el centro del suelo había una maqueta de un *suburga*. La mesa del altar estaba abarrotada de cuencos de latón y ofrendas de sacrificio, y ante ella, en el centro de la sala, colgaba un dosel de tela.

Recorrimos callejuelas estrechas entre muros blancos, subimos escalones naturales en la ladera, atravesamos patios y plazas abiertas, como en los templos y monasterios tibetanos. El estilo arquitectónico era tibetano, aunque algunos tejados, decoraciones, tallas de madera y pinturas eran de estilo chino. Bayan-shandai-sume estaba pintorescamente situado en su ladera. Al pie de la ladera corría un estrecho valle. Del pozo situado en el lecho del valle se sacaba agua mediante una pala hecha de arpillera, que se vaciaba en un abrevadero de madera. Justo cuando pasábamos por allí, unos caballos, un burro y un camello pertenecientes a un mongol vestido de azul, proveniente de Kuku-nor (lago Qinghai), estaban bebiendo en el abrevadero. La escena era muy hermosa, bajo el cálido resplandor rojizo del sol poniente y las nubes azul acero que amenazaban tormenta hacia el norte.

Varios lamas vinieron a visitar el campamento y deambularon entre las tiendas en grupos maravillados. Vestidos con sucias togas rojas que dejaban al descubierto sus brazos cobrizos, se sentaron y se quedaron

boquiabiertos, llenos de asombro ante todo lo que veían. Nuestros perros tuvieron que trabajar duro para seguir el rastro de jinetes, peregrinos y los otros perros del monasterio. A Dicky había que encerrarlo por la noche, pues tenía un carácter heroico que le impulsaba a lanzarse a la refriega cada vez que había una pelea de perros.

INFORME DE LA EXPEDICIÓN A HUANG-HO

La noche del 26 de agosto, Hempel, Zimmermann, Liu y Ma regresaron de su excursión al valle de Huang-ho. Llevaban consigo las sandías más maravillosas, habiendo comprado tantas como sus camellos podían transportar. También traían coles, remolachas, patatas, mazorcas de maíz, rábanos, etcétera; cosas todas ellas que en el interior de Mongolia se consideran un manjar. La distancia en línea recta hasta la estación misionera católica de San-tao-chiao (Sandaoqiao), donde residía el padre Hilaire Rodts, misionero belga, era de 57,9 kilómetros en dirección sureste. Haré aquí un breve resumen del informe de los dos comandantes alemanes.

El 21 de agosto habían cabalgado con su pequeño grupo en dirección sureste hasta el Lang-shan, que desde el norte parecía bastante insignificante, asemejándose más bien a un terreno bajo y montañoso atravesado por varios valles. La ruta descendía lentamente hacia un valle, donde, en una estación mongola, fueron interrogados sobre sus asuntos y su destino. El terreno estaba muy cubierto de arena y había dunas amontonadas de diez o veinte metros de altura. Había algunas casas viejas y desiertas, evidentemente abandonadas a causa de la arena.

El estrecho valle estaba encerrado entre rocas negras y yermas. El grupo acampó cerca de una yurta mongola y de una tienda junto a un pequeño arroyo.

Al día siguiente avanzaron en dirección sureste hacia un paso, mientras el valle continuaba hacia el sur. El camino hacia el paso discurría por encima de las dunas. En la cima había un obo con una inscripción tibetana tallada en madera (Dabatein-obo). La subida desde el norte era empinada, hacia el sur más gradual —uno habría esperado lo contrario—. El valle no carecía de cierta belleza romántica, encerrado como estaba entre rocas áridas y cubierto de algo de vegetación e inclu-

so de algún que otro árbol. Un poco más abajo se curvaba hacia el este. En un lugar llegaron a una gran barrera de arena, una gigantesca duna, con una pendiente descendente hacia el este de 35°. Al pie oriental encontraron manantiales filtrados por la arena. La duna tenía treinta metros de altura.

El valle continuaba descendiendo en dirección a las llanuras del Huang-ho, sinuoso y estrecho, encajonado entre escarpadas paredes montañosas, de hasta doscientos cincuenta metros de altura en el lado derecho. Antiguas fortificaciones y murallas se vislumbraban aquí y allá en las alturas rocosas de ambos lados. El valle era tan estrecho que su pequeño arroyo ocupaba la mayor parte del fondo, y uno era capaz de chapotear por el lecho en el agua. La boca se abría hacia el sureste, y en el lado sur de la salida había un muro de fortificación de piedra de metro y medio de altura y treinta metros de longitud. Desde el pie del Lang-shan se tenía una magnífica vista del valle del Huang-ho.

Siguieron cabalgando hacia el este, sobre los abanicos aluviales al pie de la montaña, sobre pequeñas dunas, hasta que finalmente llegaron al primer asentamiento, donde las dunas de arena terminaban y el terreno mostraba más vegetación. Hacia el sur se extendía un cinturón de dunas bien definidas. Cruzaron un canal que estaba seco y acamparon en un lugar llamado Sain-nor. Allí había tres pequeñas granjas recién construidas, y a lo lejos se divisaban varias más. Los campesinos cultivaban trigo, mijo, cáñamo, melones, patatas, pepinos, judías, coles y todo tipo de verduras, además de maíz. Por el derecho a cultivar aquí, cada colono tenía que pagar tasas tanto a los mongoles como a las autoridades de Sui-yüan.

La fauna de estos parajes incluía antílopes, liebres, faisanes, perdices, zorros y lobos. Eran comunes los buitres, cisnes, patos salvajes y gansos. Los animales domésticos eran camellos, burros, ovejas y cabras.

Según la información local, el verano concluye el 24 de agosto, y la primera helada puede observarse a partir del 8 de septiembre. Septiembre y octubre constituyen aquí la estación más hermosa del año, antes de que llegue el crudo invierno: en enero, la temperatura en San-tao-chiao desciende hasta los -20 °C o -30 °C, aunque hay poca nieve. Las tormentas de arena comienzan en marzo, procedentes del oeste, mientras que la estación húmeda llega a finales de julio y principios de

agosto, si bien las precipitaciones no son abundantes: en junio apenas alcanzan once milímetros y en julio, treinta. Las nieblas son prácticamente inexistentes.

El hielo del río alcanza los dos metros de espesor durante el invierno, y el Huang-ho permanece helado de diciembre a marzo. La ruptura del hielo en primavera va seguida de inundaciones, tras las cuales comienza el trabajo en el campo —entre el 4 o 5 de abril— que se prolonga hasta octubre. La navegación sólo es posible de abril a noviembre, y el transporte se realiza en balsas que flotan sobre cientos de pieles de oveja infladas con aire o rellenas de lana. En una balsa de este tipo pueden montarse tres tiendas. Los peces del Huang-ho se pescan más fácilmente en los canales, donde también se encuentran tortugas.

Los comerciantes chinos se instalaban al pie de las montañas hacia las que fluían los canales. Por estas vías fluviales se transportaba harina, grano, carbón, etcétera; que se intercambiaban por pieles y lana de Mongolia.

Hempel y Zimmermann cruzaron con su grupo uno de los canales de mayor tamaño. Fluía de suroeste a noreste, tenía quince metros de ancho y 1,6 metros de profundidad. La velocidad de la corriente era de 1,5 metros por segundo. Se extendía hasta bastante cerca del pie de las montañas, donde el Huang-ho tenía su curso hace doscientos años. Pero el lecho del río se había desplazado cada vez más hacia el sur. Los colonos chinos han avanzado tan rápidamente aquí que, en este territorio, originalmente mongol, ya superan en número a los mongoles en una proporción de cien a uno.

El 23 de agosto, el pequeño grupo se dirigió hacia el este. Tuvieron que rodear varios canales que medían sólo un metro de ancho, medio metro de profundidad y con orillas de unos treinta centímetros de altura. A medida que avanzaban, los asentamientos eran cada vez más numerosos. En uno de ellos había un horno de ladrillos y barracones con la bandera azul y blanca del Kuomintang. El canal de irrigación de este lugar tenía tres metros de diámetro. A continuación, las dunas de arena se alternaban con terrenos arcillosos cubiertos de hierba.

A la derecha de la carretera se extendía una larga duna de arena de diez metros de altura, en cuyo extremo oriental se encontraba el monasterio Meiling-miao, de doscientos años de antigüedad y habitado

por ciento treinta lamas. Más allá del monasterio tuvieron que cruzar un canal de quince metros de ancho, Yang-chia-ho-tze (Yangjiahezi). En este punto había un transbordador que se atravesaba con la ayuda de un cable. Los camellos tardaron hora y media en cruzarlo, y sólo con gran dificultad se les pudo inducir a subir al transbordador.

Al otro lado del canal se encontraba la aldea de San-tao-chiao, con sus cuatrocientos habitantes y sus barracones, donde se alojaba una compañía de cien soldados, la mayoría de ellos bandidos sin escrúpulos. Su líder era Wang Ying, de quien habíamos oído hablar en Pao-t'ou, y de quien se decía que residía en Wu-yüan.

El canal se extiende desde el suroeste hasta el noreste, y se dice que tiene ciento ochenta *li* de longitud. Durante generaciones había sido construido por la familia Yang, de la que también había recibido su nombre. Las obras se iniciaron hace cien años y el canal se terminó en 1917. La familia Yang residía en la aldea Yang-kuei, treinta *li* al sur.

La estación de la misión belga se encontraba en la parte oriental de San-tao-chiao. Estaba rodeada por una muralla de tres metros de altura con torre vigía, aspilleras y puertas reforzadas, como una fortaleza. En la estación, que tenía cuatro años de antigüedad, nuestros viajeros fueron recibidos hospitalariamente por el padre Hilaire Rodts, con quien pasaron la noche.

Al noreste del pueblo y visible desde allí, se hallaba la pequeña ciudad de Shan-pa-t'ang (Shanba Zhen o Shenpa); contaba con siete mil habitantes y tenía cuarteles y una estación misionera belga. En esta parte de China existían trece estaciones misioneras belgas. La distancia hasta el cauce actual del Huang-ho era de noventa *li*.

El 24 de agosto el grupo emprendió el viaje de regreso. El primer día de marcha siguieron la misma ruta que en el viaje de ida, pero después se mantuvieron al oeste de su ruta anterior y pasaron por delante del monasterio de Nar-sume (Naringin-sume). Borearon el pie de montaña del Lang-shan y comprobaron que el antiguo lecho del Huang-ho todavía era visible, aunque de forma insignificante. Tras doblar un promontorio, giraron al noroeste y subieron por una estrecha cañada con un arroyo, junto al cual acamparon.

El último día cabalgaron hacia el norte por la misma cañada, llamada Budungmodo y plagada de dunas de arena. En un lugar específico, el

valle estaba bloqueado por una duna parcialmente cubierta de vegetación, de cuarenta metros de altura. Tardaron no menos de cuarenta minutos en cruzar esta barrera con los camellos. La última parte de la marcha consistió simplemente en volver sobre los pasos del viaje de ida.

Dejé pasar dos días más en Shande-miao, pues aún nos quedaba mucho por hacer. Tomé notas en mi diario y dibujé a unos lugareños. Con Haslund como intérprete, Hummel realizó diez mediciones antropométricas y otros tantos análisis de sangre.

EL *GEGEN* DOBECHYN

El último día en el monasterio no recibimos visitas de los ламas. El prior les había prohibido relacionarse con personas que les midieran el cuerpo y les sacaran gotas de sangre. En su lugar, el médico y Haslund visitaron a un alto lama, una encarnación, el *gegen* Dobechnyn, de Tashilhunpo, que durante cuatro días se había alojado en Shande-miao como huésped, en su viaje hacia el este. Era primo del tashi lama (panchen lama), cuyo padre era hermano de su madre. Los primos habían nacido el mismo año, por lo que ambos tenían cuarenta y cinco años.

Este *gegen* había recibido a mis emisarios con gran cortesía, dejándose fotografiar y obsequiándome con un paquete de azúcar. También había expresado su deseo de visitarme, pero no pudo hacerlo hasta el anochecer, cuando los ламas del monasterio se habrían retirado a sus celdas.

Y efectivamente, a las nueve de la noche vino. Hablamos del tashi lama, de su monasterio y de su viaje a Pekín, donde yo le había conocido poco antes. El *gegen* Dobechnyn recordó mi visita a Tashilhunpo, y se acordó de que yo había vivido en el jardín de Kung Gushuk*.

Cuando, más tarde, se sacó el gramófono y canciones conocidas, óperas y marchas llenaron el aire alrededor de nuestros venerables visitantes sacerdotales, se animaron maravillosamente y se mostraron bastante insaciables. Tuvimos que repasar todo el repertorio. Pero no se podía describir a nuestros visitantes, sentados allí con sus togas rojas, calvos y con los brazos desnudos, como un público musical. Rieron a

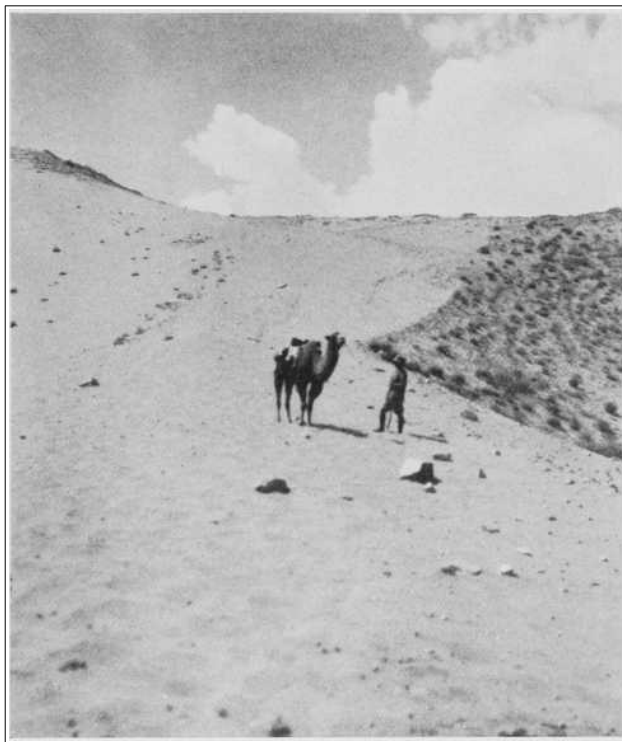
* Duque Kung Gushuk, hermano del noveno panchen (tashi) lama, Thubten Choekyi Nyima. (N. del T.)

carcajadas con el aria *Ombra mai fu** de Händel, del que teníamos una grabación, así como con el *Coro de los Peregrinos* de Wagner y otras músicas serias. Era evidentemente una expresión de su asombro al oír voces humanas reproducidas mecánicamente. Un viejo lama de la compañía estaba muy absorto en salvar polillas nocturnas y escarabajos de una muerte dolorosa en la llama de la vela que ardía a su lado, pues ninguna criatura viviente podía morir en la vecindad del personaje sagrado, o ni por causa de él.

Era casi medianoche cuando el *gegen* Dobechn se levantó para retirarse. A la mañana siguiente me hizo llegar un par de baratijas tibetanas de plata.

Por fin, el 29 de agosto, pudimos partir de nuevo. Los lamas bajaron para presenciar nuestra partida y desearnos buena suerte.

* *Ombra mai fu* es el aria de apertura de la ópera *Jerjes* de Georg Friedrich Händel, estrenada en 1738. (N. del T.)



ZIMMERMANN EN LA CUESTA DE UNA DUNA EN EL LANG-SHAN



EL CRUCE DE UN CANAL CERCA DE SAN-TAO-CHAO



EL GEGEN DOBECHYN, UN DIOS VIVIENTE DEL TÍBET

CAPÍTULO VI

De Shande-miao al Edsen-gol

LAS PRIMERAS DUNAS

DURANTE los primeros días nuestra ruta giró hacia el sur, para rodear el desierto de arena que se extiende al oeste de Shande-miao, y cuyos escasos abrevaderos son insuficientes para abastecer las necesidades de una gran caravana. Pero incluso en nuestra ruta hacia el sur nos topamos con dunas, a veces rodeadas de vegetación, otras veces expuestas y que presentaban curiosas formas de escudos y medias lunas, pirámides y lomos de delfín. El paisaje recordaba mucho a las franjas de transición entre el desierto y la estepa del Turquestán Oriental.

Ante nosotros se veían las crestas bajas y oscuras del Khara-narin-ula. Y entre dos altas dunas se vislumbraba la depresión, o arena llana, donde se hallaba el diminuto lago Khoburin-nor. Allí, tras un día muy corto de marcha, armamos nuestras tiendas para pasar la noche. En realidad, en ese lugar se hallaban dos lagunas, una de agua dulce, mientras que la otra contenía sosa.

Este fue nuestro primer encuentro con las dunas de arena en este viaje, y el paisaje fue una experiencia nueva para todos, menos para mí. La arena estaba rodeada por todos lados de dunas bastante altas y casi estériles. Zimmermann midió un par de ellas, encontrándolas de 12,5 y 18 metros de altura.

Al día siguiente nos adentramos en un estrecho cinturón de dunas estériles. Aquí se produjo un repentino cambio de escenario: la arena dio paso a un terreno llano con matorrales esteparios. A la derecha se veía la arena alta, contra cuyas amarillas colinas errantes destacaba el verde de la vegetación de matorrales.

Una y otra vez cruzábamos pequeños brazos laterales del cinturón de arena, donde la ruta subía, bajaba, entraba y salía. También había